

## TRIBUNA

**TEORIA: TODO LO QUE SIEMPRE QUISO SABER Y NADIE LE QUISO CONTAR CON  
FRANQUEZA ACERCA DE ESTE ASUNTO EN ANTROPOLOGIA**

“Quino es el filósofo social que más admiro”

Francisco Gallardo Ibáñez<sup>1</sup>

Hay quienes creen que pensar teóricamente es un atributo de seres particularmente geniales, seres a los cuales incluso hay que reverenciar. El saber teórico es en nuestro medio, signo de máxima agudeza mental e inteligencia superior. Algo tan difícil, como matar una mosca con un martillo. Puedo asegurarles que no es así. Es una actividad no más o menos especializada que cualquier otra, y no más compleja que preparar un martini seco o una paella a la valenciana. Sin embargo, es un tipo de imagen pública que no es sencillo obtener (tan difícil como parecer divertido), y aún menos conservar. Esta forma de pensar las cosas, tan poco práctica, es vecina a la locura; pensadores y psicóticos viven en la misma calle, aunque en veredas opuestas. Un paso en falso y de lúcido y preclaro el público te convierte en un sujeto más ridículo y cantinlero que el superagente 86. Si los colegas lo evitaron durante la hora del café en el último simposio y cree tener habilidades para la teoría, cambie de trabajo ahora y postúlese a diputado o senador de la república. Esto le ocurre a la gente (para que lo tenga presente el iniciado) cuando pierde el sentido común y no deja de pensar y pensar y pensar como hacer difícil y raro algo simple como un juego de niños.

A pesar del aura mística y bastante rococó que suele aparecer revistiendo la palabra TEORÍA, se trata de algo trivial y nada reservado. Su aparente y misteriosa oscuridad no es un efecto de profundidad, ni el resultado del fino y delicado acto de mirarse el ombligo, sino más exactamente de la proliferación de un vocabulario diseñado más para diferenciar y aburrir a la audiencia poco interesada, que para aclarar las cosas a otros. En ciencias sociales, palabras como sobredeterminación, sustancia del significante, autonomía relativa, estructura, adaptación, fractal, deconstrucción, caja negra y entropía negativa son la pesadilla de muchos y el sueño de grandeza de unos pocos. Yo mismo he sido testigo de como un interlocutor palidece al escucharme pronunciar las palabras hermenéutica o heterotopía y abrir los ojos horrorizado ante algo que suena a cadena sintagmática o el noema del discurso. ¡Sí! Debo confesarlo. ¡Alguna vez he sido como ellos! Pero no ha sido mi intención, puedo jurarlo. Debe haber sido porque me golpeaban cuando niño, por aventurar un interpretación psicológica. O tal vez es el resultado de mi aversión a los callitos a la madrileña y mi pasión por el pisco con cola cola y el sexo opuesto, por intentar una ecológica. En todo caso, igual no lo sé. Dejaré esto a mis biógrafos y al escritor de mi obituario (¡Miranda Bown, estás autorizado! Pero mucho cuidado, F. te estará observando).

Teoría sin sabiduría no sólo es falta de modestia, es una majadería (pasarse de listo tiene un elevado precio en este mercado). Mi amigo y antropólogo (por decir lo menos) Edmundo Magaña (EM) se entrevistó con el maestro Claude Lévi-Strauss (CLS), el hombre de los incestos, las comidas y el cuento contado junto a la cocina una noche de invierno, y de él recibió la lección más sabia de su vida (nosotros sus lectores también):

*EM: Marx y Freud han tenido gran influencia sobre su trabajo. ¿Ha recibido la influencia de otros pensadores? Yo mismo pienso que entre Ud. y Wittgenstein hay más afinidad que entre Ud. y otros investigadores que son llamados estructuralistas.*

*CLS: Pero nunca he leído a Wittgenstein. Lo traté una vez pero ¡era terriblemente aburrido! Marx fue el primer autor que me introdujo a la filosofía, particularmente a la filosofía alemana. Es a través de Marx que llegué a Hegel y a Kant....*

*EM: En la antropología contemporánea han surgido otras corrientes y se habla ahora de pos-estructuralismo, del deconstruccionismo, etc ¿qué piensa Ud. de las contribuciones de Derrida?*

*CLS: No le comprendo. Su manera de escribir y su manera de pensar me son extrañas. (MAGAÑA 1996: 132-33).*

Este incidente nos proporciona buenos materiales para una recomendación. Nuevamente me dirijo al iniciado. Ser sabio no es saberlo todo, basta con que sepas algo y lo sepas bien. Las enciclopedias son libros, no personas, aunque hay personas que sufren de ese delirio. Allá ellos. Más aún, y esto tal vez sea sólo mi frustración de haberme rendido ante la misteriosa escritura de Derrida, sólo los sabios ciegos, como los de Kung Fu, se pueden permitir hablar en trabalenguas, y no es broma porque a ellos sí les funciona. Me inclino ante el rocío de la luna, una nube y tus ojos que dicen nada, aunque los suspicaces no me crean. Es incómodo y rebuscado intentar escribir mensajes extravagantes dentro de galletas chinas. Lo artificialmente difícil es pura banalidad, algo semejante a usar ropa de marca exclusiva para ir de compras a la feria.

Una teoría (para ir al grano) no es más que un puñado de conceptos emparentados de manera consanguínea y matrimonios por todas las de la ley (los primos lejanos, hermanos postizos y amigos de última hora no tienen cabida en este sectario party familiar), cuyo único y simple fin es dar un sentido único y particular a un acontecimiento, cualquiera sea éste. Por ejemplo, siempre son buenos los ejemplos, a pesar de que este no es totalmente mío, pero ahora lo es...Es un día como cualquier otro día en Nueva Guinea. Por la mañana, un adolescente entra a hurtadillas en el corral de cerdos de su padre y roba uno. Corre a escondidas hacia la selva y le da muerte. Luego lo asa y se lo come...

Esa noche, sobre el océano Atlántico, de regreso de una conferencia en Cambridge, vuelan juntos un antropólogo simbólico, uno estructuralista, uno marxista, uno posmoderno y uno ecológico. Supongamos que es tarde y se han excedido en la copas, cuestión que ni siquiera deberíamos suponer, y han recibido la noticia del robo en Nueva Guinea por *Mysteries & Scandals in Anthropological Internet*. El primero bastante menos ebrio que el resto, (suelen ser pitucos, mateos y fomes) intentaría convencer a su improvisada, y nada amable audiencia, que las palabras robar y comer en el idioma indígena local son parte del mismo campo semántico y que ellos poseen un término muy semejante para designar ambas acciones. Más aún, les arrojaría a la cara un viejo proverbio de Nueva Guinea: robar es sólo un medio para sentarse a la mesa con los antepasados. Con ello dejaría en evidencia la naturaleza densa, simbólica y poética del acto. El ecológico reiría irónicamente (tienen poco sentido del humor respecto a ideas distintas a las suyas, pero son amables como gente de campo cuando se habla de viajes o carpintería) y con un gesto enérgico le replicaría que ya se sabe que esto no es más que una conducta adaptativa que permite controlar el crecimiento demográfico de los cerdos, en especial cuando ese aumento hace peligrar los campos de cultivo y la cosecha agrícola. El estructuralista, con medio canapé de mariscos en la boca (son sibaritas, visten como izquierdista renovado y tienen una escogida bodega de cabernet sauvignon), agregaría aparentando no haber escuchado, que el chico sólo ha hecho transitar el chanco de la naturaleza a la cultura, poniendo en juego una oposición binaria que es la misma para toda la humanidad. Luego callaría. Encuentran poco sofisticado y muy rudimentario cualquier otro pensamiento que no sea el de ellos. El posmoderno no diría nada, estaría demasiado afectado por el hecho (se caracterizan por su extrema sensibilidad y prestan mucha atención a su lado femenino) y con seguridad tendría el rostro bañado por abundantes lágrimas, y a lo más, entre hipo e hipo, escribiría un haiku acerca de la soledad. El marxista (la pedantería es su rasgo más sobresaliente, pero conservan el encanto casi mágico de finales de los '60 y comienzos de los '70, para los que aún no me han visto) no se andaría con rodeos. Les apuntaría con el dedo, y diría que el chico se está revelando contra la clase dominante, y que el aparente robo no es más que la apropiación directa de los medios de producción por una clase política y económicamente subordinada, el primer paso hacia la liberación. De seguro no acabaría allí, y arengaría vociferante (ya muy pasado de tragos) a que todos ellos hicieran lo mismo para derribar de una vez las prácticas colonialistas de la disciplina. Nadie lo escucharía y todos simularían dormir. En la actualidad eso es lo políticamente correcto.

Si luego de leer mi ejemplo se ha arriesgado a proferir ideas propias, lo felicito. Usted se encuentra en el portal de la teoría del conocimiento, es decir, comprender lo que pensamos cuando hacemos lo que hacemos.

Si además, su conclusión es que la teoría es un punto de vista acerca de los hechos, avance hasta el próximo capítulo, pero si a esto ha agregado la popular idea de que en el fondo todas las explicaciones no son más que interpretaciones donde todo vale lo mismo y todo da igual ¡Vuelva al punto de partida! A cometido su primer error teórico, pues eso no es cierto. Sin embargo, no debe desanimarse, su exceso de entusiasmo es sólo producto de su inocencia o ingenuidad. Los ismos no son islas sin ninguna relación, todos son parte de un mismo archipiélago social y, por consiguiente, sus fans, actores de un drama cuya escena final es conocida, pero que a nadie le gusta recordar. Sé que la idea parecerá estrambótica, pero utilizaré todo el conocimiento de diccionario filosófico que poseo (usted no imagina el dineral que costó) para no convertirme en el loco o el payaso (con el respeto que merecen) de la tribu antropológica, y con publicidad (después de todo, lo único que es mío es mi dignidad).

## II

¡Eureka! es la expresión más clara del entusiasmo casi infantil que nos provoca conocer. Y ciencia es lo primero que se nos viene a la mente. Conocer es una palabra corta, pero el número de sus propietarios y los límites de sus parcelas están más allá de las posibilidades de una definición, por operativa que esta sea. Si esto es capaz de producir mareo cuando el tema es la naturaleza y su inmensidad, cuando se trata de nosotros mismos la sola pregunta debería darnos miedo. Es probable que no exista nada más pasmoso y conmovedor que intentar hacer una radiografía de la sociedad. Este es un tema sobre el cual todos parecen tener opinión. El film *The American Beauty*, la canción de *Rage Against the Machine* y el video *Evolution* de *Pearl Jam* son el botón menos brillante de este sentimiento algo terrorífico por explorar cuál es el costo de vivir una vida social. El Grito de Edward Munch y *Guernica* de Picasso hacen de la enigmática sonrisa de la Gioconda una mueca diabólica, y revelan que conocer y expresar esos conocimientos son una actitud que rebasa los límites de la ciencia. El arte es directo y el artista no teoriza (pero puede hacerlo si quiere), manifiesta una actitud sana porque no interioriza los "logros de la humanidad", los expulsa fuera de su corazón.

Más acá, estamos nosotros los científicos (es nuestra bendita pretensión) intentando penetrar en los intersticios de la humanidad para capturar esos actos en pequeñas botellas de perfume. Esencias untuosas que muchas veces amenazan con contaminar nuestras aguas. Huyendo de esta pestilencia, como flores que se añejan en el cementerio, hay quienes creen que todo lo pasado fue mejor y buscan su redención entre pristinas comunidades de cazadores y recolectores. En lo personal prefiero a los pastores, se me hacen más jipis y relajados. Quiero decir con esto que no existe conocimiento desinteresado, frío y desapasionado, aunque tan sólo sea para no olvidarlo, pues al fin y al cabo eso importa poco, pues la desesperación (por lo general irresponsable) por llenar nuestro estanque de saber --siempre más vacío de lo que pensamos-- es la misma si esto se reconoce o no. El punto que al final importa es que en esa búsqueda obsesiva de conocimiento, que parece multiplicar los ismos más allá de nuestra capacidad de memoria y almacenamiento, hemos avanzado bastante poco, aunque para ser honesto es carga suficientemente pesada como para enhebrar una aguja, reír y dominar una pelota al mismo tiempo. ¿Qué hemos hecho para conocer? ¿Qué? Me pregunto y me respondo, sabiendo (hoy es así, mañana tal vez sea diferente) que tengo pocas dudas al respecto. Hasta ahora, tan sólo actitudes de espía e inquisidor: mirar por el agujero de una cerradura, escuchar con disimulo y sospechar que a pesar de todo estamos siendo engañados.

Mirar es el núcleo de toda estrategia de observación en ciencia. Nos permite inventariar con precisión quirúrgica, hechos sólidos como el número de gestos faciales de desagrado de chicos ante la imagen de un gato atropellado. Desde la óptica de esta sensibilidad, toda medición da por resultado un dato, un extraordinario pedazo de información. Más suculento y tentador que un trozo de torta al día siguiente de la fiesta. Setecientos cincuentitrés coma ochenticinco calorías de felicidad. Sólo entonces sobreviene la magia del conocimiento, en especial cuando las piezas (como fonemas, mitemas, número mínimo de individuos o el peso de una lasca) algo irregulares calzan como en un rompecabezas, cuya forma ha sido anticipada en la mente de ese trabajador de la cultura que es el científico. Con frecuencia esto es premiado con aplausos, pero los gritos de entusiasmo y admiración se multiplican cuando luego de sucesivas e inútiles pruebas aparece una

imagen inesperada y nunca antes vista: Pamela Anderson vestida de pies a cabeza y de rodillas rezando a Santa Bernardita. Ecológicos y estructuralistas, sistémicos y cognitivos (y algunos marxistas inclusive) pertenecen a esta familia, permanecen absortos al interior de ese vasto campo cuyas fronteras son el coleccionar estampillas (taxonomía, en difícil) y las relaciones entre la muerte súbita de un monje en Laos y la caída de un reino en Afganistán (teoría del caos, para los menos informados). Para estos el lenguaje y los jeroglifos lógicos son la perdición. Libros de filósofos ocupados por la estructura de los enunciados y proposiciones como Quine, Carnap, Popper, Lakatos, Frege, Wittgenstein y Russell son su alimento predilecto.

Escuchar es probablemente lo más diferente a mirar, al menos más diferente que pasarle la lengua a un panel de arte rupestre en Taira (puedo asegurarles que no fui yo, pero soy culpable de haber hecho lo mismo con un monolito de Tafi ¡y qué!). Esta estrategia de escucha desea poner atención en lo que la gente dice acerca de su vida. Prestan atención hasta en el más intrascendente cotarro para comprender los densos significados que se anidan en juegos como el cachipún y el luche, y simplemente caen en trance ante las peleas de gallos, los teatro de títeres y los estrechos pasadizos de la tumbas megalíticas europeas. Paul Ricoeur (filósofo) y Clifford Geertz (sabemos que es) han hecho ricos a sus editores y también sabemos por qué. La fenomenología es el último alarido de la moda, y si no ha leído a Heidegger está out. Simplemente Ud. no-es-un-ser-en-el-mundo. Yo le recomiendo su ensayo acerca del arte. Logré entenderlo casi todo, e incluso hubo tres o cuatro líneas que disfruté. Con respecto a Ser y Tiempo ¡NI SIQUIERA LO INTENTE! Su psiquiatra lo agradecerá. Este arte de la escucha es la joya secreta de la antropología simbólica (y de algún marxista solitario) y la madre soltera de la antropología posmoderna. Esta última, a diferencia de la otra (me refiero a la primera), no intenta oír exclusivamente al "otro" (firulí semántico utilizado para no ofender al otro entre comillas que no es el etnógrafo), hace un esfuerzo bastante poco saludable de escucharse a sí mismo para ver que le pasa por dentro cuando oye al "otro". No es un ejercicio recomendable cuando se está "depre", tiene deudas o dudas acerca de su masculinidad (si es que Ud. es hombre). Al final, siempre uno termina recriminándose, y alguna amiga tiene que levantarse a las 3 de la mañana para recoger lo que queda de uno con cucharita. No conozco a nadie, que después de esa experiencia bastante suicida, haya concluido que lo hace super bien. Sin embargo, nunca se sabe, no falta el egocéntrico autocomplaciente que se guiña el ojo frente al espejo de su baño y se encuentra regio.

La sospecha, que es una forma de mirar y escuchar, es básicamente un escepticismo respecto a cosas sociales (que algunos quisieran verdaderas) como que el Ejército es garante de la libertad, el Estado es algo que nos representa a todos, la Iglesia el camino más seguro para alcanzar el cielo y los médicos ingleses profesionales altamente calificados. Para los seguidores de esta duda existencial, la realidad que se percibe en lo inmediato no es más que una conspiración política e ideológica espontánea, un voladero de luces que oculta la barbarie de la explotación del hombre por el hombre (cosa que según los adeptos al modo de conocimiento éste, ha existido siempre: la primera habría sido la mujer. Pobrecitas ellas que todavía no las bajan del columpio). Ellos sostienen que la diferencia entre veranear en casa o en Cancún no es más que un efecto de embudo social, el mismo que determina, en última instancia, la imposibilidad de un crucero con habitaciones compartidas entre la familia Piñera y los chicos que con la alegría propia de su edad, celebran el día del joven combatiente. La ecuación social es simple, los de arriba le limpian los bolsillos a los de abajo, condenándolos a la odiosa miseria de comprar compact cuneta y lucir carteras Cucci, zapatos Gat, jeans Kevin Cline y perfumes Paloma Pencasso. La sospecha de la que hablamos (hay otras por supuesto), es un invento del nunca suficientemente bien ponderado Karl Marx y punto. Todo el resto que se arrima a la sombra de su imagen (por famosos que le parezcan) no son más que un numeroso contingente de actos fallidos. No es fácil seguir la ideas del hombre, menos aun levantar faldas profesionalmente y parecer un chico simpático e inofensivo. Si toma esto en serio, nadie lo invitara a una fiesta. La sospecha no es buena receta para hacer amigos, aunque usted no sea un alfeñique de 44 kilos y tenga una bonita sonrisa.

## III

Mirar, escuchar y sospechar cierran el círculo del conocer occidental. Luego de tres millones de años de evolución humana eso es todo (la parapsicología no ha sido debidamente acreditada y tiene feo pedigree). Algún lector avezado sentirá la tentación de pensar que estas estrategias son parte de un proceso escalonado y ascendente. Primero miro, luego escucho y finalmente sospecho. La haré corta. Esta equivocado. No es así. Mirar, escuchar y sospechar son actitudes (lugares filosóficos desde donde se habla) en esencia diferentes, y sus definiciones en el reino de los ismos, no necesariamente interdependientes, aunque en la práctica todas deban profitar unas de otras (nos pasaríamos de idiotas si dejáramos de observar, escuchar y sospechar). Quizás por esto mismo, ninguna de estas estrategias puede proclamar autonomía absoluta cuando se trata de cultura o sociedad. No puede haber simbolismo en una pelea de gallos, sin gallos correctamente alimentados y peleas donde se manipule la agresión. Tampoco las habría, sin gente que encuentre bello y divertido una práctica que enojaría al más pacífico miembro de la Sociedad Protectora de Animales. Más aún, no habría apostadores, ganadores ni perdedores, si no existieran hombres que poseen plumíferos (algunos con mayor inversión y rentabilidad que otros) y hombres que por no tenerlos no los pueden disfrutar (en el sentido mercantil del término).

Volvamos ahora a los ismos. Los ismos son sólo maleza que crece con arrogancia desafiante en un jardín que no es el suyo y que nunca lo será. Reconocer que mirar, escuchar y sospechar son los únicos medios para adquirir conocimientos acerca del mundo de la gente que nos desvela (sea esta del pasado o del presente), es reconocer que antes de enfrascarnos en disputas territoriales y descalificaciones mas vale poner en juego las bondades del sentido común, aunque sea el nuestro, que no es el mismo del ciudadano de la calle. Podrías evitar hacer el ridículo con publicidad. Y ésto es precisamente lo que ocurre entre arqueólogos procesalistas y posprocesalistas en la actualidad. Los primeros acusan a los segundos de subjetivistas y los segundos a los primeros de objetivistas, como si no fuera subjetivo convertir la palabra subjetivo en un insulto (entre irracional, oscurantista y descerebrado), y como si no fuera objetivo el hecho que para acusar con esa palabra (en este caso racionalista, manipulador e imperialista) deben recurrir a medios capitalistas de comunicación tan objetivos como la palabra objetivo. En muchos aspectos no sólo se trata de una discusión histórica (que también es histórica), sino que en su gritería han llegado a convencer a algunos que en el mundo hay sólo dos tipos de personas, los que están a favor y los que están en contra de uno u otro bando. Yo no creo en esto. ¡No estoy ni ahí! Limita mi capacidad creativa y anula mi independencia de pensamiento, y simplemente no me gustaría aparecer ante mi comunidad, como un autómatas que sólo prende sus luces cuando alguna eminencia inglesa o norteamericana piensa que debería hacerlo. Más aún, en mi vida (que no le regalo a nadie) he tenido suficientes muros de Berlín y estoy viejo para "guerras frías" que nadie comprende y en cuyo origen no he participado. Prefiero las luchas que podrían traernos más alegría, como por ejemplo, HACER QUE ELLOS APRENDAN DE NOSOTROS, COMO NOSOTROS LO HACEMOS DE ELLOS.

Cuando uno halla poco beneficio en una discusión que sólo despierta odiosidades gratuitas, no cabe más que hacerle frente para encontrar las fuentes de los desvarios detrás de la discordia (al menos es eso lo que he intentado). Más fácil sería ignorarla, sin embargo, no falta el insensato que, sin tú buscarlo, te mete en el lío. Si nos alejamos del barullo pseudoepistemológico del tipo "cerdo facista" y "esóterico venido a menos", y recurrimos a nuestro sentido común, no es difícil darse cuenta que lo único sólido que hay por ahí son una diversidad de principios antropológicos (**la arqueología sigue siendo nada sin la antropología**) que buscan dar sentido a los hechos apelando a cuestiones que supongo ustedes conocen mejor que yo: a la estructura de la mente humana (pensar es un hecho y es un hecho que las casas, las tumbas y los diseños en la cerámica son algo estructurado); la conducta adaptativa (no permaneceríamos indiferentes si mañana volviéramos al Pleistoceno Tardío); la experiencia simbólica (no por nada la metalurgia americana diverge de la europea); las relaciones sociales de producción (desde el principio de los tiempos la gente ha participado en la reproducción material de su sociedad), los poderes fácticos (no existen gentes poderosas sólo lugares desde donde se ejerce, de aquí que el Inka requería de un asiento para materializar su autoridad) y otras que mi avanzado Alzheimer me impide recordar.

Todas estas ideas tienen una historia intelectual legítima (la mayoría se apega a los hechos), y se han afincado lo suficiente como para reconocer el real alcance de sus proposiciones. Es completamente ridículo que un arqueólogo inspirado en la densas descripciones simbólicas de Clifford Geertz, intervenga en acaloradas discusiones acerca del problema de la explicación, en especial cuando uno sabe que toda fenomenología aspira a describir (y no explicar) los hechos en relación a lo que la gente cree y siente respecto a lo vivido o experimentado. Igualmente patético me parecería que un arqueólogo inspirado en la ecología y la evolución intentara hacernos creer que es la presión atmosférica o la temperatura la que determina la lucha de clases en una sociedad. De la misma manera, sería deprimente tener que escuchar a un arqueólogo de tradición marxista asegurar que el número de puntas de proyectil en un sitio determinan el color de los tocados de plumas. No podemos vernos la suerte entre gitanos. Por nuestro entrenamiento sabemos bien (espero que sea así) quienes somos y que cosas podemos hacer con lo que creemos saber.

No existen paradigmas en competencia por la supremacía de la verdad (¡Thomas Khun está equivocado!), sólo personas que actúan como si esto fuera así. Basta con mirar lo que ocurre en un ghetto teórico vecino para darse cuenta de ello (suelen prestar ninguna atención a lo que se les dice). Las verdades son sólo enunciados parciales, refranes persuasivos que la mayoría de las veces (no todas por supuesto) la Historia se encarga de liquidar. No es éste un argumento para buscar una reconciliación. No soy tan jipi. Los ismos no pueden permitirse esa licencia, perderían de facto su productividad. Lo más que podemos hacer nosotros, las personas que creemos en esas cosas, es cultivar el buen humor y aprender buenos modales antes ir con impermeable al desierto de Atacama. De seguro serás el hazmerreír teórico del lugar y tendrás que aceptarlo sin perder la compostura. Al fin y al cabo (y esta sí es una verdad dura) todos formamos parte de una misma comunidad.

Lo dicho hasta aquí es nada, pues la ligereza de juicio y la falta de entrenamiento no es algo para la risa, puede provocar un lío fenomenal. Siempre se corre el riesgo de proferir en tono serio y educado alguna tontería con nefastos significados para la convivencia social. Una formulación descabellada de este tipo (y bastante famosa) es aquella aventurada por Marvin Harris, en la que se afirma que es más científico estudiar al nativo si no se escuchan las opiniones que tienen acerca de sí mismos, porque simplemente no saben lo que hacen y lo que dicen es sólo un conjunto de equívocos que oscurecen las más preciadas verdades materiales (tecnología, demografía y ambiente natural). Esta idea puede sonar estupenda en una sala de clases en Ohio, y lucir genial en un párrafo de un libro tapa dura, pero resultaría incómodo (por decir lo menos) intentar convencer a los dirigentes políticos de una comunidad indígena para que eviten hablar acerca de ellos mismos y se ocupen más de sus propias verdades, pastoreando llamas o cultivando ñame. El último antropólogo que intentó esto con el bokor de una pequeña aldea de Haití, resultó seriamente dañado. Hoy trabaja en Hollywood y es un extra en películas de terror. Con seguridad esto le parecerá gracioso, porque de seguro Ud. es un arqueólogo, pero nosotros no lo hacemos mejor. Pensar que el patrimonio arqueológico es nuestro patrimonio, que los cazadores-recolectores están más cerca de la naturaleza que de la cultura, que los sacerdotes de los estados prístinos conspiraban para engañar a la gente, el arte una manifestación de una neurobiología desbocada o que la gente prefería simbolizar a comer, son sólo unas pocas joyas en nuestra cajita de Pandora.

La teoría es necesaria (de hecho yo lo estoy haciendo, aunque Ud. no lo crea), sin ella difícilmente tendríamos conciencia de nuestras prácticas, aunque sin práctica difícilmente habría teoría. Teorizar es un imperativo en toda ciencia que se respete, pero ninguna ciencia puede exigir respeto si no hace esto con responsabilidad. Este es quizás el único aspecto gris oscuro del panorama, pues no es fácil aceptar el hecho (nada agradable) de que somos constructores de la realidad. He aquí nuestro tejado de vidrio y tal vez el único criterio de evaluación transversal. Los compromisos inconscientes que adquirimos junto con nuestras creencias y prácticas, son siempre una invitación a convertirnos en tontos útiles de conspiraciones sociales involuntarias. Actos de mala calaña, por infortunio a veces voluntarios, como inundar tierras indígenas para una represa hidroeléctrica en beneficio del desarrollo, traficar ADN humano en nombre de la humanidad, hacer de espía para el Estado en aras de la libertad, inventar una etnia para fomentar la integración nacional, convertir al nativo en turismo para sacarlo de su miseria. Si en antropología esto es delicado, en arqueología es aún más (nosotros somos la única palabra autorizada acerca de esas otras vidas), pues al menos en el primer caso, hay gente real que puede molestarse y quemar tu camioneta contigo adentro y ya! Somos sujetos sociales, los

protagonistas de la acción y a pesar de todos los malabares teóricos no podemos evitar estar ahí y no vernos a nosotros mismos, pues como sabiamente dijo Heisenberg (que por suerte era un científico y no un filósofo): "en la ciencia el objeto de la investigación no es la Naturaleza en sí misma, sino la Naturaleza sometida a la interrogación de los hombres; con lo cual... el hombre se encuentra enfrentado a sí mismo"(1976[1955]:22). Creo que nos ocurre lo mismo cuando trabajamos con la Cultura y reconocerlo al menos tiene la ventaja de mostrar que en nuestra curiosidad (siempre algo arrogante) no está ausente por completo la humildad. De lo contrario, corres el riesgo teórico de elevarte demasiado y ofender gravemente a la ley de la gravedad. No tengo que ser un brujo para saber que el porrazo hará que dures en ciencias menos que un helado.

**AGRADECIMIENTOS** A todos los que leyeron este ensayo e hicieron sugerencias. Sus nombres me los reservo para proteger su integridad. De veras, muchas gracias. Sin vuestro apoyo, no lo habría publicado. En especial, porque entendieron que entre broma y broma había algo serio. Sólo en beneficio del entendimiento, y para no parecer incendiario, me he reservado emitir una opinión acerca de teoría y revolución. Aunque esto último les parezca raro.

## NOTAS

<sup>1</sup> Museo Chileno de Arte Precolombino, Bandera 361, Santiago de Chile.

## REFERENCIAS

HEISENBERG, E. 1976[1955]. *La imagen de la naturaleza en la física actual*. Ediciones Orbis, S.A., Madrid.

MAGAÑA, E. 1996. *Los buscadores del jefe gruñidor*. Bravo y Allende Editores, Santiago.